

LIBRO TERCERO

LA HOFBURG

I

EL EMPERADOR DE LOS LOBOS

El emperador Francisco hallábase solitario en su despacho, despacho que nada tenía de notable ni de suntuoso. Así sucede generalmente con todos los apartamentos imperiales donde no se vé ninguno de aquellos muebles refinados que indican una vida perezosa y muelle. Y como no eran de « hotel amueblado » como los de las Tullerías, si revelaban pertenecer á una antigua casa, sólidamente asentada. Esos emperadores de Austrasia no han sido de todo tiempo más que los primeros burgueses de su imperio.

Aquella mañana hállase muy impaciente el emperador Francisco. Dos veces ha tocado ya la campanilla para saber si su ministro de policía ha llegado al palacio, al Hofburg, ó al Burg, como lo llaman en la capital.

El ujier que guarda su puerta respondióle que el Señor de Riva no había llegado aún al palacio, pero que su Excelencia el conde de Brixen, primer ministro

de Estado, solicitaba el honor de ser recibido por Su Majestad.

Su Majestad ordena que hagan esperar al conde de Brixen.

Es preciso que en aquel momento en que parece tambalear por todas partes la constitución del Imperio, en que la voz de los pueblos empieza á murmurar hasta en la capital, en que cada una de las nacionalidades que forman desde tiempo inmemorial la increíble confederación austrasiana han enviado delegados al Burg, — delegados que no quieren recibir pero que están resueltos á no irse de Viena sin hacer presentes sus exigencias revolucionarias, que piden federación y autonomía — es preciso, decimos, que sean singulares las preocupaciones que inquietan al emperador para que muestre tan poca prisa en recibir al hombre sobre el cual pesa toda la responsabilidad de la política interior del país.

Levántase Francisco y pónese á pasearse de arriba á abajo por su despacho, cuando de pronto, al pasar por una ventana, se detiene. Apoya la frente febricitante contra el vidrio y parece como si aquella frescura calmara un poco su impaciencia. Exhala un prolongado suspiro, mira vagamente lo que ocurre en el patio del Burg, del vasto y ancestral palacio donde se oculta la grandeza imperial. Y he aquí que de pronto abre brutalemente la ventana.

— Están locas, murmura.

En el patio inmenso, vasto como una plaza pública, donde el pueblo puede pasearse á su guisa en los días de tranquilidad, mas que hoy se halla cerrado y custodiado por la guardia, acaban de hacer su aparición dos jóvenes amazonas, seguidas á respetuosa distancia por varios picadores.

Son dos jóvenes adorables que podrán frisar á lo sumo en los diez y ocho abriles y que se parecen de tan idéntica manera que sería imposible distinguir las si no llevase una de ellas una mecha blanca sobre la frente, que no tiene la compañera.

Son dos princesas de singular hermosura, morenas, con la tez pálida color de ámbar, los ojos oscuros y la cabellera sombría.

— Regina! Tania!

Vuélense vivamente las princesas al escuchar esa voz que ordena y que bien conocen ellas: el emperador les ha hecho señal de que se detengan y vayan á su despacho, después de lo cual cerró la ventana y dejó caer la cortina.

El emperador Francisco es un hermoso anciano de cabello cano, anchas espaldas y pecho robusto; componse todo su traje de larga túnica gris del soldado. El color de su tez es generalmente subido y el fulgor de sus ojos es el gris-azul del acero; mas las recientes tribulaciones que ha sufrido y las lágrimas vertidas ayer han puesto un tinte de ternura y de melancolía en su mirada y de palidez en su faz.

Dos virtudes contrarias, sin ser contradictorias, hanse disputado siempre el ánimo de aquel monarca: el orgullo y la sencillez.

El orgullo de su raza, un prodigioso orgullo dinástico, que lo ha sostenido en los momentos más críticos de su reinado, haciéndolo casi grande ante los ojos de la Historia, pero que ha hecho de él el más desdichado de los hombres, maldecido por la mitad de su familia.

La sencillez lo ha hecho amar por sus súbditos; preciso es oír lo que dicen á ese respecto en la Alta y Baja Austrasia, centro exclusivamente alemán de su impe-

rio. Por las dos anécdotas siguientes puede uno darse cuenta del personaje y de su sencillez.

En una ocasión en que el emperador se paseaba por el parque de Schœnbrunn, llegaron á él unos cuantos ingleses que le tomaron por un empleado y pidieronle que les hiciese visitar el jardín. El emperador se prestó de buena gana, condujolos por todas partes, mostróles todo y recibió de ellos dos florines de propina. Relatando la aventura decía: « Es la primera vez de mi vida que gano dos florines ».

En otra ocasión, paseándose, como solía hacerlo á menudo, por los alrededores de Meyerling, vió pasar un ataúd sin cortejo alguno. Como le comunicara su extrañeza al ayudante de campo, éste le respondió:

— Se trata sin duda de algún pobre sujeto que no tiene parientes ni amigos.

— Pues bien, dijo el emperador, sigamos tras el ataúd, y quitándose el sombrero acompañólo hasta la última morada, donde oró en el dintel de la tumba anónima.

Varios hechos de ese mismo jaez habíanlo hecho popular, mas hay momentos para los príncipes en que la política, celosa de la popularidad, parece gozarse en destruirla y por poco que se entrometa algún inhábil ministro, la popularidad del monarca se evapora como humo.

Aquella mañana hallábase el emperador muy inquieto.

Al retirarse de la ventana volvió de nuevo al escritorio cubierto de expedientes, informes y comunicaciones. Vefase allí especialmente un comunicado secreto de la policía central que Francisco examinaba constantemente y que por último rechazó con ademán de cansancio.

— ¿Qué estará haciendo Riva? murmuró.

Y como éste no llegara, ordenó que hicieran entrar al conde de Brixen.

Inmediatamente presentóse el conde de Brixen, primer ministro.

Era este ministro hombre de gran distinción, muy elegante y muy amado por las mujeres, de las cuales tenía la flexibilidad diplomática y la coquetería, cualidades ambas que le permitían lo más honradamente del mundo tener aspecto de prometer siempre sin dar nunca. Antiguo embajador en Roma, antiguo secretario de Estado, á su paso por el ministerio de Relaciones Exteriores había adquirido gran suma de virtud temporizadora, con lo cual había logrado hasta aquel día solucionar los problemas de política activa que dirigía y conciliar las diversas aspiraciones de un imperio compuesto por los elementos más disparatados.

Llamábanlo el hombre del justo medio, de la cuerda tesa, sobre la cual en verdad y desde hacia varios años había ejecutado verdaderas proezas acrobáticas.

Cuando entró al despacho del emperador hallábase muy emocionado.

— Señor, díjole, están levantando barricadas.

— Bien lo debéis saber vos, conde, respondióle Francisco con frialdad, puesto que por culpa vuestra las están levantando.

El ministro quiso protestar.

— ¿Por culpa mía, señor?

— Si no es por culpa vuestra, lo es por culpa de nuestro ministro de policía.

— No es precisamente lo mismo, señor!

Y explicóle enseguida cómo era víctima en ese asunto del inmoderado celo de Riva que para justificar la brutal intervención de sus tropas policíacas en los tumul-

los callejeros, había infestado la capital con sus agentes provocadores.

— Es él, señor, quien nos ha conducido á la extremidad en que nos hallamos.

— En que se halla Ud., conde, replicóle Su Majestad, con perfecta indiferencia.

Extrañóse Brixen de la manera cómo lo recibía el emperador, seguro como estaba de no haber suscitado ninguna de las dificultades presentes que él esperaba solucionar una vez más con los recursos de su política conciliadora. Quejóse de la falsa situación que le habían creado los más altos personajes del Estado por medio de la hostilidad casi declarada de los propios amigos del emperador hasta llegar á menoscabar la confianza que en él había depositado el monarca y que en ninguna circunstancia le había faltado.

Dejó el emperador que Brixen hablara. Mas cuando hubo terminado, asombróse éste al ver que Francisco parecía pensar en otra cosa. Esto decidiólo y así dijo en voz alta y resuelta :

— La preocupación de toda mi vida ha sido la felicidad de Austrasia y no creo deber considerar hoy como sacrificio el abandono del alto cargo á que me llamó la confianza de mi soberano, desde el momento en que esa renuncia puede ser útil á mi país.

Para expresarse en semejante lenguaje preciso era que Brixen creyera necesaria la renuncia ó bien que hubiese preparado uno de aquellos golpes teatrales muy de él que siempre lo salvaban en momentos en que todo el mundo lo suponía caído. Francisco, que bien lo conocía, pensó : « Algo debe traerse guardado. Si le acepto la renuncia es muy probable que me vea obligado á suplicarle que la retire antes de marcharse del palacio. »

— Caballero, respondióle con intencionada brusquedad, ¿quién os habla aquí de renunciar? Cómo si se tratara ahora de tal cosa, en momentos en que me hallo tan preocupado!

Paseóse de arriba á abajo el emperador y por último pareció decidirse :

— Conde, díjole, ahí tengo informes que, según parece, no dejan duda alguna respecto de vuestras relaciones con los jefes del movimiento revolucionario. Conozco vuestra habilidad, caballero, y no dudo de que por fidelidad para con nosotros seáis capaz de muchas cosas. He podido creer que habíais negociado con los confederados las barricadas de hoy. Mas, si ello es así ¿por qué habérmelo ocultado? Yo os hubiera dicho francamente que no entra en mis designios que vos negociéis con esos sujetos.

— Pero es que esos sujetos son directores de la política, majestad...

— De ninguna manera, caballero, esos no son sino asesinos!

Brixen fijó la mirada en el emperador como si examinase á un loco.

— Asesinos...

No parecía comprender aquello el ministro. El emperador ya no le miraba, había inclinado la cabeza y con la frente entre las manos revelaba hallarse agitado por negros pensamientos.

El ministro pensó : « Las desgracias de familia le extravían el juicio y el último golpe asestado por el Destino ha ofuscado esa noble inteligencia. La muerte repentina de la princesa Maria Luisa, sobrevenida tan misteriosamente hace un mes, no le permite ya ver las cosas como son ni juzgar equitativamente á los hombres ».

Esperó á que el emperador se dignase darle una explicación. Francisco levantó la cabeza y díjole :

— Conde, en mi casa hay asesinos!

— ¿Qué dice Su Majestad? preguntó el conde, cada vez más extrañado. Que Su Majestad se digne darme alguna explicación, porque le confieso no comprender una sola palabra...

— Señor de Brixen, comprenda Ud. que la princesa María Luisa murió envenenada...

— Sin duda, Majestad, se envenenó con setas...

— No hay tal, caballero, replicó Francisco con voz sorda é insegura... María Luisa murió envenenada por mis enemigos...

— No es posible, Señor!... Su Majestad no tiene enemigos!

— ¿Qué sabe Ud., caballero?

El emperador se puso muy pálido y descargó la mano con fuerza sobre el expediente que había parecido interesarle momentos antes y que había quedado abierto sobre la mesa de trabajo.

— Es ello tan posible, conde, que lo creo.

Comprendió entonces el conde que habían debido urdir una terrible historia de policía, de esas que sabía inventar Riva en las circunstancias difíciles, cuando se ingeniaba por hacerse indispensable por creer que peligraba la confianza que en él tenía el emperador. Vaya un desvergonzado, pensó, á pesar de que Riva era un hombre honrado á carta cabal.

— Su Majestad ha dicho que lo cree, luego no está muy cierto de ello. Y seguramente sólo Riva ha podido inventar un crimen semejante!

El emperador miró fijamente al conde, levantóse y preguntóle á quemarropa :

— ¿Cuál opinión os merece Riva?

— La de que es un hombre cuyo oficio consiste en verlo todo de color de sangre!...

Francisco dió algunos pasos por el cuarto con el ceño cada vez más adusto y Brixen pensó para su capote : « Sólo le preocupa la muerte de María Luisa y ya hay tres barricadas en la Grabenstrasse, están arrancando los árboles del Prater y amenazan los alrededores del Burg! »

Francisco se detuvo un instante y repitió la frase de Brixen sobre Riva :

— Lo ve todo de color de sangre!... ¿Y de qué color lo ve Ud. todo, Señor Conde?...

Brixen, aturdido, no supo qué responder. Contempló al emperador que en realidad se hallaba pálido como un muerto.

— En cuanto á mí, caballero, prosiguió con lentitud el emperador, todo lo veo de color de duelo!...

Asióle el brazo al primer ministro, después de atisbar la puerta, y díjole :

— Habladme con franqueza, conde; ¿creéis que todas las desgracias de mi familia sean naturales?

— Una vez más me permito responder á Su Majestad que no comprendo de qué se trata. Más que nadie lo acompañé en la aflicción que...

— Basta de frases... Basta de frases, conde... allí tengo una investigación secreta llevada á cabo según mis indicaciones después de acaecida la muerte de la princesa María Luisa... según mis indicaciones, conde, y siguiendo la huella de mis sospechas...

— ¿De vuestras sospechas?... ¿Y de quién ha podido sospechar Su Majestad de semejante?...

— Oh! de nadie!... Comprendedme bien!... de nadie y de todos!... Es atroz, mas así es!...

Pesó el silencio entre los dos personajes; el ministro

compadecía sinceramente al monarca y á la monarquía y enviaba al diablo á Riva con sus informes de policía. ¿Qué podía ocultarse bajo todo aquello? En todo caso, nada bueno para él; bien lo había visto en la acogida que le dispensara el emperador. Este prosiguió con voz cada vez más sorda.

— Largo tiempo hace, conde, que me vengo planteando estas cuestiones con verdadero horror... mas en voz tan baja que apenas si yo mismo me escuchaba... Tantas desgracias, tantos crímenes... tantas catástrofes en derredor del trono... diezmada la familia imperial... mis hijos más caros despidiéndose de mí para siempre... mis hijas llevando el deshonor á sus hogares... esos repetidos y terribles golpes del destino siempre ciertos terminaron por hacerme dudar de la casualidad... ¿Me comprendéis por fin?...

— No, Majestad, no quiero comprenderos!... Ciertamente las pruebas á que ha sometido Dios á Su Majestad...

— Dios habría tenido piedad de mí, caballero!

— La muerte de la princesa María Luisa á nadie aprovechó y sí hizo derramar muchas lágrimas!...

— Era mi hija adorada... y como había llegado á ser mi más fiel consejera, bien podían temer su influencia sobre mi ánimo, que en realidad era mucha... Escuchadme, Brixen, he resuelto deciroslo todo... sin duda... se trata de algo... de algo que quedará entre vos, yo, Riva y Meulen, que fué quien hizo la autopsia so pretexto de embalsamarla... Las setas no tienen nada que ver en el asunto... las comimos cuatro personas y á ninguno hicieron daño... Á mi hija la envenenaron con arsénico, Brixen!

El conde no pudo contener una exclamación de terror y al mismo tiempo de protesta.

— Eso es imposible!...

— ¿Por qué ha de ser imposible? ¿Creéis, acaso, que es la primera vez que vierten veneno en derredor del trono?

Lanzó el emperador un suspiro tan angustiado, que el mismo Brixen empezó á terrorizarse acordándose súbitamente de algunos envenenamientos de gran resonancia en que se hallaban mezclados reyes y príncipes...

— ¿A quién le tocará morir ahora? preguntó Francisco con voz lúgubre... Ah! he aquí á donde hemos llegado, conde, á dónde han llegado las historias de Riva y las mías... ¿Verdad que no lo sospechabais?... Pues bien, sabed que desde hace un mes sólo vivo de policía... Yo mismo he organizado la mía, en mi propia casa, sí, caballero... Todos los que pasan llaman mi atención y pongo el oído á todo lo que se dice... desconfío de todo y de todo el mundo... tiemblo al menor crujido de los muebles durante la noche... porque bien podéis imaginaros que no duermo de noche... Me amedrentan las personas y las cosas... En fin, yo, el emperador, pego el oído á las cerraduras... Y no por mí, caballero, sino por los míos, por los que me quedan, para protegerlos contra ese algo amenazador, que ronda singularmente por el palacio desde hace años sin que pueda darle un nombre, que se manifiesta por medio del asesinato, del suicidio ó de la locura, aquel algo que pude llamar en un tiempo « casualidad », que vos denominabais hace poco « pruebas á que os somete Dios », y que, finalmente, bien podrían ser artes de la política!... Oh! no protestéis, caballero! La política ha hecho eso y mucho más y en puridad de verdad no sois vos, que la aprendísteis en Roma, quien deba extrañarse de que los enemigos del imperio, para imponer

la que defienden, no retrocedan ante nada, ni siquiera ante el asesinato!...

Callaba el ministro, pues en el estado en que se hallaba el emperador, expresar una opinión contraria habría sido totalmente inútil y sólo habría logrado exasperarlo. Ah! sin duda Riva había conseguido cobrar nuevo imperio sobre él con esa terrible historia, la tremenda historia del arsénico!... « Qué á tiempo murió María Luisa para arreglarle los asuntos á Riva! » osó pensar el antiguo agente diplomático en Roma... Mas sin embargo, no terminó el pensamiento.

El emperador, que había vuelto á caer en el sillón, enjugó el sudor de su frente y repitió :

— Sí, señor, he aquí á donde hemos llegado.

En aquel momento abrióse la puerta y entró un lacayo, vestido de negra librea, con el desayuno del emperador : un huevo pasado por agua, tostadas y té. Colocólo sobre el velador, junto al escritorio, hecho lo cual, permaneció allí como esperando algo, una orden.

Brixen saludó á ese criado con amable inclinación de cabeza. Era Ismail, el camarero de confianza del emperador, que le servía con fidelidad de perro desde hacía quince años. De origen turco, aquel infiel imponíase á los demás cristianos de la corte por su mutismo, su impasibilidad y su desprecio por todo lo que no fuese el emperador ó no se relacionase directamente con Su Majestad.

Ismail, sin responder á la inclinación de cabeza del conde, miró al emperador. Francisco le hizo una señal. Entonces Ismail vertió en un pocillo de plata un poco del té humeante que había traído á Su Majestad y se lo bebió; luego dió media vuelta y fuése muy tranquilamente.

— ¿Visteis lo sucedido? dijo el emperador. No beberé ese té antes de cinco minutos, no porque me parezca demasiado caliente, sino para saber si Ismail no ha muerto antes! Esa es la consigna! Ese criado fiel me la impuso! Porque si bien es cierto que Ismail ignora de qué veneno murió la princesa María Luisa, también lo es que no se le pudo ocultar el envenenamiento. Nada que no sea vigilado por Ismail se come en mi mesa y antes prueba todos los platos de la familia. Es ridículo, agregó el emperador... y es sublime. Ese mozo salvará quizás á alguno de nosotros, á pesar nuestro y sin que nada sepamos hasta el día en que le traigan agonizante, con el pecho abrasado, como le sucedió á mi pobre María Luisa.. Ah! es tanto, conde, que desearía quedarme solo aquí, solo para morir si es que la muerte no está aún satisfecha... Y si acaso tiene necesidad de una postrer víctima... Es tanto, que he suplicado al archiduque Adolfo no se dé prisa en regresar al Burg, á pesar de las actuales dificultades... y desearía ver casadas ya y lejos de mí á las gemelas de Carintia, que son, sin embargo, el único consuelo de mi vejez...

— Mas ¿dónde están?... dijo súbitamente el emperador... Debían hallarse aquí... Hace rato las llame!...

Tocó la campanilla... Dijéronle que las princesas Tania y Regina habían salido á caballo... y ya se hallaban de regreso.

— Salieron sin mi permiso! gruñó.

Hízolas llamar inmediatamente; pensó que quizás no habían comprendido la señal que les hizo desde la ventana ..

— Salir por Viena en estos momentos!... y sin escolta!... es insensato, ¿verdad, conde?

— Las princesas gozan de gran popularidad, Majestad.

— Gozan de tanta popularidad, que se han visto forzadas á regresar inmediatamente... lo que prueba que no pudieron andar mucho.

Francisco exhaló un nuevo suspiro. Jamás lo había visto Brixen tan sombrío; casi no lograba reconocer á su amo y continuaba pensando: «esto es lo que me ha hecho Riva». Guardaba silencio el emperador y parecía haberse olvidado totalmente de su primer ministro. Por fin movió la cabeza, queriendo sin duda alejar algún pensamiento que le atormentaba, y volviéndose hacia Brixen, dijole:

— Ya os he hablado suficientemente de mis asuntos, ¿dónde están los vuestros?...

— ¿Los míos, Majestad?... No tengo más intereses vinculados en el mundo que los de Su Majestad.

— Pero en fin, ¿las barricadas van haciendo camino?

— Muy de prisa, Majestad. Tal es la situación, que voy á resumir á Su Majestad, si tiene á bien permitírmelo. El origen de todo el mal se halla en lo que todo Viena ha convenido en llamar *la juventud estudiosa*, sin duda porque nunca trabaja. Hay en el *Aula* dos ó trescientos jóvenes, estudiantes de todas las razas y de las más diversas opiniones políticas que un mismo sentimiento une con fuerza formidable; el odio contra todo lo que es puramente austrasiano. Cubriéndose con el progreso, combaten todas nuestras instituciones; al amparo del patriotismo sólo sueñan con la destrucción del imperio. Cuando aquellos jóvenes salieron armados á la calle, ni la burguesía, ni siquiera el pueblo siguieron su movimiento. ¿Qué reclamaban? Libertades que nos habrían conducido rápidamente á la anarquía. Entonces era fácil corregir á esos chicos traviesos y encerrarlos de nuevo en el *Aula*, mas no se obró así. Al día

siguiente, y este es un misterio que aun no se ha esclarecido, la ciudad entera empezaba á agitarse é invadieron mi apartamento particular mientras que mil falsarios propalaban á los cuatro vientos que sólo yo me oponía á las reformas y agregaban que tenía gran interés en ocultarle la situación al emperador y en desvirtuarle los anhelos del imperio; en fin, que ya habrían recibido en la corte á los delegados federales si yo no me hubiese opuesto á ello. Por último se me hace personalmente responsable de la apresurada clausura del Parlamento y del aplazamiento de la Dieta. No se habla en toda Viena sino de mis faltas y crímenes, la mayor parte de ellos consistentes en haber prometido reformas que jamás he acordado.

— Hola, hola!... dijo el Emperador.

— Su Majestad ha considerado siempre como imposible la inmediata realización de tales reformas...

— Pues bien, era preciso no prometerlas, mi querido conde...

— ¿Las he prometido, acaso?... De ninguna manera...

— Pero, en principio, no las habéis rechazado...

— Por política, Majestad...

— Pero bien veis que no es popular esa política...

— Porque no gusta de ella el Señor de Riva, Majestad! Y esto era lo que yo quería deciros!... El Señor de Riva lo echa todo á perder. Es un embrollador muy hábil, que ha sabido mezclar á este asunto de las reformas el de las nacionalidades y levantar simultáneamente contra mí á todos los descontentos.

— ¿Son muy numerosos?

— Sin duda, Majestad, pues el Señor de Riva sabe arreglar bien las cosas. Es él quien dirige el *Aula*.

— Pero, decidme, Excelencia, ¿no fuisteis vos quien

dijo á esos jóvenes, prosiguió el emperador con sonrisa singular, el día que allanaron vuestra mansión : « No es posible, señores, que no terminemos por entendernos y me es muy grato recibiros y acoger las reclamaciones de esa brillante juventud que con tanto orgullo gobierna el emperador, mi augusto soberano! »?

— Sin duda, Majestad, eso dije y en esos propios términos al jefe de la turba estudiantil, un mozalbete de veinte años que parecía el más violento y que, según me han informado, se llama Reginaldo!...

— Daban mucha esperanza esas palabras.

— Mas era preciso pronunciarlas, Majestad.

— ¿Por qué motivo?

— Para que desocupasen mi alojamiento.

— Ah! ¿de veras?

— Ese tal Reginaldo quería prenderle fuego á todo, inclusive á mi humilde persona...

— Sin esta última parte del programa y en otras circunstancias, habríame divertido mucho este asunto de los estudiantes. Me cuentan que no querían gobernar sino conmigo solo!

— Os dijeron la verdad, Majestad. Y como Su Majestad no se ocupaba de ellos, resolvieron ponerse á gobernar solos y con tamaña audacia que inmediatamente prestóles crédito el espíritu popular. Es tal la popularidad de que gozan que un hombre del pueblo se presentó cuando estaban reunidos en Consejo y les pidió dictasen el divorcio entre él y su mujer, por incompatibilidad de caracteres. Se les considera amos y jueces. Lo son todo. Son el Estado.

— ¿Y dictaron el divorcio? preguntó el emperador.

— Majestad, no deis crédito á una broma. Toda esa comedia es peligrosa.

— Y si tan peligrosa es, ¿por qué tomáis parte en ella?

— Su Majestad se refiere sin duda á las conferencias secretas que he tenido con los delegados confederados. Espero estar en condiciones de darle una explicación satisfactoria antes de esta noche...

— De ninguna manera, me refiero tan sólo á la historia que me relataron aquí y que ocurrió en el Pellendorf...

Brixen indicó con la mirada los informes policíacos.

— Muchas historias os han relatado, Majestad!...

— Pero la del Pellendorf es sin disputa la más divertida. Parece que caisteis allí de golpe entre una turba estudiantil que desenganchó los caballos y os colocó en el pescante para oír mejor el discurso que os exigían, y pronunciasteis el discurso.

— Preciso fué, Majestad, respondió Brixen que empezaba á enrojecer.

— Empezasteis con estas palabras : « Las reformas son indispensables! El político que ose oponerse á la marcha del progreso no merecería la muerte, sino el presidio! » Eso dijisteis, ¿verdad, conde?

— Sin duda, Majestad. Y lo dije de nuevo á ese tal Reginaldo que es el diablo en persona y que en aquel momento jugaba torpemente con una pistola.

— Y dijisteis además muchas otras cosas... cosas revolucionarias... atrevidamente revolucionarias...

— Sin duda Su Majestad al comprenderme me excusará... El aspecto revolucionario de aquella reunión, dijo con lentitud el ministro y tratando de sonreír con agudeza, llegó á revelucionarme á mí mismo y puso en mis labios frases provocadoras!... (El conde, al recordar aquella aventura universitaria, de rojo que estaba, púsose carmesí.) Mas tranquilícese Su Majestad! Tan pronto como me soltaron aquellos foragidos, volví en mí mismo.

— Tanto mejor, dijo el emperador... ¿Y ahora ?...

— Ahora... están arrancando los árboles del Prater... y el pavimento de las calles... impiden el tráfico por la vía pública... Sólo pude llegar hasta aquí pasando por el subterráneo de la Iglesia de los Agustinos... La insurrección planta sus tiendas de campaña en la capital y convoca sus tropas... Aparecen en todas partes siniestras figuras... Por todas partes resuenan dialectos extranjeros... polaco, húngaro, italiano, cheque, dalmacio, bosnio... gitano... Aparecen de pronto aquí y allí extrañas figuras de bohemios andrajosos... vagabundos errantes y bandoleros de la calle... Y todo el mundo está aterrado... En todos los semblantes se lee la sorpresa y el terror... Hasta los mismos estudiantes miran con pánico á sus nuevos aliados y aléjanse con las orejas gachas... Los habitantes de cada casa se hallan dominados por el terror y aunque los anime el ardiente deseo de defender la causa del orden, fáltales á todos la energía necesaria... Y he aquí la obra de Riva, Majestad!... si aquí estuviese... se lo diría!...

— Lo estoy esperando, dijo el emperador.

No había acabado de pronunciar esas palabras cuando se oyó un ruido de voces y risas contenidas...

Eran las gemelas de Carintia que llegaban al mismo tiempo que el Señor de Riva.

II

LA POLICÍA

Quiso regañar el emperador á sus nietecillas y censurarles la imprudencia que habían cometido, mas ya ellas lo hacían callar con besos, tranquilizándolo, pues toda la etiqueta de aquella corte, siempre tan rigurosa, había sido suprimida por orden de Su Majestad en las relaciones entre Francisco y las dos niñas nómadas. Las princesillas tenían derecho para penetrar á toda hora y sin previo anuncio, á los aposentos del emperador, á quien trataban como á un verdadero abuelo, — un abuelo condescendiente que nada podía negarles.

Al calor de esas caricias, sentía Francisco que se disipaban sus fúnebres reflexiones y que su corazón se enternecía. Tanta juventud, belleza, ardientia y gracia borraban de su mente la imagen de la muerte que no había cesado de obsesionarlo desde que María Luisa sucumbió entre sus brazos. Estas por lo menos, pensaba él, no corrían ningún peligro, pues no tenían enemigos. Aun no habían tenido tiempo de atraerse malas voluntades. Y si en alguna parte estaba, oculto en la oscuridad, el monstruo que labraba la ruina de su

casa en colaboración con el Destino; Francisco creía, á pesar de los temores que había expresado en presencia de Brixen, que aquel monstruo no sería tan malvado para cebarse en esas dos chiquillas que hasta entonces no habían cometido más crimen que nacer y sonreír.

Regina! Tania! Permanecían ante él, mirándole y asidas de la mano. Placiale verlas en esa posición, tan semejantes y tan unidas. Dos y una! En aquella unión, á pesar de ser tan perfecta, era Regina quien representaba la fuerza y la protección, no obstante lo idéntico de las fisonomías. ¿Era acaso la mecha blanca que llevaba levantada sobre la frente, lo que le daba un aspecto más resuelto y más decidido? Quizás; mas es lo cierto que la voz de Regina era menos dulce, menos suave, menos angélica, como decía el emperador, que la voz de Tania. Tenía aquella voz por instantes acentos tan graves, tan adoloridos, que revelaban un alma y un carácter masculinos; y confirmaba esta manera de ser el gusto desenfrenado que mostraba Regina por todos los *sports* en general y especialmente por la equitación, en tanto que Tania complacía especialmente en las distracciones, juegos y ocupaciones de las jóvenes de su edad, burguesitas ó princecillas y que constituyen la felicidad de los buenos padres vieneses, siempre y cuando que los mezclen con un poco de pintura, un tanto de música y algo de buena cocina. Tania confeccionaba para el emperador, tortas que éste comía con lágrimas en los ojos. Regina pasaba su vida á caballo. Como se querían muchísimo, sucedía muy á menudo que una sacrificara sus gustos en beneficio de la otra. Tal ocurrió aquella mañana en que Regina arrastró á Tania, á pesar de la señal que les hizo el emperador desde la ventana y que ella comprendió per-

fectamente. Franquearon la reja y fuéronse, como ellas decían, á visitar las barricadas del Señor de Riva, donde las recibieron con mucho respeto y agasajos. Luego apresuráronse á regresar, pues la atmósfera estaba muy encapotada. Y el cielo cubriase sobre Viena con un amplio velo negro.

Regina tranquilizaba al emperador.

— Si no corrimos peligro ninguno!... Cuando entramos aquí felicitamos al Señor de Riva, por la buena organización de las barricadas! Ah! Majestad! No hay una sola donde no icen á guisa de bandera vuestro retrato circundado de guirnaldas! ¹

— ¿De veras? dijo el emperador encantado. ¿Qué decis de eso, Excelencia?

— Digo que el Señor de Riva es un hombre muy galante, replicó Brixen con semblante marmóreo.

— Lo cual significa que Su Excelencia os acusa de ser el autor de toda esa jarana, mi querido Riva. ¿Qué os parece?

— Paréceme que es la verdad, Majestad! y que sin mí no habría habido barricadas! Agregó además que Su Excelencia es un gran político puesto que adivinó que yo era quien había hecho salir de la oscuridad á los enemigos del imperio para ver á la luz del sol qué cara tienen!

— No es muy buena, murmuró Brixen.

— ¿No es cierto? respondió Riva. Eso mismo decía yo antaño á Su Majestad y no quería creerme; ahora está convencido. *Tienen cara de asesinos!*

Al oír pronunciar esas palabras con ruda energía, volviéronse todas las miradas hacia el ministro de policía.

¹. Otro tanto sucedió durante los tumultos de 1848 en Viena. (Austria-Hungría).

El Señor de Riva era alto, demasiado alto para la negra levita que vestía, mal cortada por cierto. Ninguna elegancia mostraba aquel hombre que á primera vista inspiraba un singular sentimiento de terror; su rudo aspecto, su larga fisonomía, su perfil de hoja de cuchillo, su tez amarilla, sus ojos pequeños y fugados, todo hacíalo antipático desde el primer momento. Desprovisto de todos los medios de seducción, el Señor de Riva habría sido el más desdichado de los hombres, porque era el más ambicioso, si no hubiese logrado satisfacer casi completamente esa ambición permaneciendo oculto, ya que la luz le era tan desfavorable. Sus instintos de alta policía habíanle permitido prestar á la familia imperial y á la causa austrasiana servicios muy apreciables, que el emperador le agradecía sobre manera y que le había recompensado otorgándole un poder oculto que se extendía sobre toda la administración y que había puesto entre sus manos á todos los jueces del imperio. El Señor de Riva contaba con muchos enemigos, entre otros, todos los amigos del conde de Brixen; mas tenía medios de imponerles respeto, pues sus agentes lo tenían al corriente de todo y él los había organizado de manera tan perfecta que de seguro habría excitado la admiración de un Fouché.

Como guardara silencio Riva, hizole seña el emperador de que podía « hablar ». Y agregó :

— He leído vuestros informes y he hablado de ellos al conde. Explicaos.

— Es muy sencillo, prosiguió Riva. Nos hallamos de nuevo ante toda la antigua coalición de Reinaldo. Se ve que le ha sobrevivido.

— ¿Y la coalición de Reinaldo era una coalición de asesinos? preguntó Brixen.

No aguardó mucho tiempo Riva para contestar.

— No ignora Su Majestad que yo tenía poderosas razones para creer que aquellos hombres habían resuelto hacer *política activa hasta en las gradas del trono*. Bien sabían ellos que la familia imperial gozaba de mucha popularidad, lo cual era un obstáculo casi infranqueable para llevar á cabo sus proyectos y si quería triunfar, debían empezar por destruirla. Tal fué el plan que formaron y que no modificó en lo más mínimo la muerte del jefe. De ello hemos tenido las pruebas más tristes...

— ¿Pruebas? interrogó Brixen.

Riva guardó silencio de nuevo.

— Adelante! dijole el emperador. Ya es tiempo de que sepa el conde que tengo enemigos con los cuales ya no es posible entenderse.

Mas Riva permanecía obstinadamente mudo. Contemplaba á las gemelas de Carintia que escuchaban la conversación con marcadísimo interés. Sucedió generalmente que cuando se trataba de política en su presencia, aprovechábanse del primer pretexto para marcharse.

— Adelante!... Mi querido Riva!... Adelante!... Mis hijas sabrán que trabajáis en bien de ellas y así apreciarán todo cuanto os deben.

— Mis agentes provocadores, de quienes se queja el Señor Conde, prosiguió Riva con voz segura, sacaron á luz del día á todas las figuras de la Bodega. Su Excelencia ignora quizás cuál era esa Bodega.

— Totalmente, dijo Brixen.

— Pues bien... Hace algunos años mis agentes habían acorralado de tal modo á los jefes de la conspiración, que éstos se vieron forzados á expatriarse. Aquellos enemigos del imperio diéronse cita en París

y veíanse en una bodega del Palacio Real donde aun hoy se expende cerveza Pilsen. Aquella bodega pertenecía entonces á un llamado Paumgartner, en quien los conjurados tenían entera confianza y que en realidad era una criatura mía. Por su conducto supimos todo y entre otras cosas, que los conjurados contaban mucho con ciertos acontecimientos que habían de producirse seguramente en la corte de Viena.

— Hola, hola! exclamó Brixen sin poder contenerse y mirado con insistencia por el emperador... Vaya unos conjurados más imprudentes!

Y volvióse hacia Riva para preguntarle:

— ¿Tenéis confianza en ese hombre?

— ¿En quién? ¿En Paumgartner? Tanta, Excelencia, que jamás nos rehusó nada y que me dió pruebas que yo no daría á Su Majestad, por quien, sin embargo, estoy pronto á derramar mi sangre...

— ¿Y qué prueba os dió, si se puede saber, caballero?

— La vida de su hijo!...

Y agregó el gran maestro de la policía con voz siniestra:

— Y eso que no era en un campo de batalla!...

En cuanto al emperador, palideció de tal manera que la princesa Tania corrió hacia él, temiendo que se hallará indispuerto... Mas él detúvola con un ademán y también con un ademán, — pues en verdad Su Majestad parecía perder de pronto el uso de la palabra — indicóle á Riva que era inútil demorarse en ese pasaje.

El ministro de policía no se hallaba del todo descontento por el efecto producido, como sucede á algunos cómplices que saben no ser inútil recordar de tiempo en tiempo á su amo que el olvido no ha cubierto los críticos momentos que se han atravesado juntos.

Mientras Riva continuaba poniendo al corriente á Brixen sobre lo que él llamaba constantemente « la conspiración de los asesinos », el emperador parecía absorto. Francisco había reanudado el hilo de sus más funestos pensamientos, que se pintaban en su semblante con expresión de agonía. En aquel mismo momento desatóse la tempestad sobre Viena y el trueno repercutió sobre el palacio sin que ninguno de los que se hallaban en el gabinete del emperador lo advirtiese.

— Sólo se escuchaba la voz de Riva, que decía á Brixen.

— El tal Paumgartner es conocido de Su Excelencia. Ya no vive en París sino en Viena. Posee uno de los mejores establecimientos de la capital; mas siempre fiel servidor del imperio y sin olvidar que debe su fortuna á una bodega, ha reconstituido en el misterioso subsuelo de su palacio de cristales por donde desfilan todas las elegancias vienesas, la antigua bodega del Palacio Real donde recibe á sus mejores amigos... es decir, á los de Reinaldo! Estos jamás supieron quién los había traicionado!... Ah! esa bodega es muy bien frecuentada, porque si bien es cierto que Paumgartner recibe allí á los amigos de Reinaldo, éstos á su turno reciben desde cerrada la noche hasta puesto el día á... ¿á quiénes creéis que reciben? Pues á los señores delegados confederados en persona y á un joven muy interesante, estudiante de origen valaco, que pretende ser el heredero de Reinaldo y representa no sé qué agrupación gitana: es un admirable mozalbete de veinte años, cuya palabra parece de fuego y que, según cuentan, dirige toda esa amable sociedad... Veinte veces he creído hallar ocasión de prenderlo fuera de la bodega... que es sagrada para mí por ser la fuente de mis mejores informaciones... para enviarlo á que ensaye su

elocuencia conmoviendo las piedras de un calabozo. Mas siempre ha escapado y parece que en verdad lo proteja algún sortilegio.

- ¿Cómo se llama? preguntó Brixen.
- Los de la bodega llámanlo Reginaldo!
- Reginaldo! exclamó el conde.
- Es él mismo! Aprehendedlo, Riva, y seremos amigos!

- ¿No lo somos acaso, Excelencia?...
- Sin duda, mas lo seremos más intimamente.

Si alguien se hubiese hallado junto á la princesa Regina cuando pronunciaron el nombre de Reginaldo, seguramente la hubiera visto estremecerse.

Cubriósele la frente con rápido rubor y volvió la cara como si temiese que adivinaran su emoción.

Mas, como ya lo dijimos, ella se hallaba en la sombra, y nadie pudo advertir el sobresalto de la princesa, ni siquiera su hermana Tania que se hallaba absorta contemplando la escena que se desarrollaba ante su vista.

Daba Riva á Brixen, por súplica de éste, algunos datos referentes á Reginaldo.

— La audacia de Reginaldo está impulsada por toda la locura de la juventud, mas es su lenguaje tan seductor, según parece, que arrastra fácilmente en pos de él á los más timoratos de la agrupación. Es tal ese poder que ha logrado decidirlos á ejecutar uno de esos proyectos descabellados que generalmente dan con su autor en el cadalso!

- ¿De veras? exclamó la voz alterada de Regina.

Dió algunos pasos hacia los dos ministros y preguntó á Riva con lo mayor tranquilidad del mundo:

- ¿Puede saberse cuál es ese hermoso proyecto, Señor de Riva?

Riva, mirando á Brixen, dejó caer estas palabras:

— ¿Creéis, señora, que ello es necesario? Su Majestad os lo contará seguramente en tiempo y lugar oportunos... En cuanto al Señor de Brixen, él lo conoce perfectamente...

- ¿Qué queréis decir con eso, Riva?

— ¿Quiero decir, Excelencia, que los actuales momentos son de suma gravedad, que Su Majestad nos ha hecho venir á los dos para que nos pongamos de acuerdo sobre las medidas que deban tomarse y no haya por ninguna de las partes sorpresa alguna; quiero decir que aquellas gentes que yo combato son recibidas en vuestra casa y que se hallan en conferencias con vos, siendo lo cual así, no es extraño que no os hayan ocultado su proyecto...

Brixen contempló á Riva con marcada altanería mientras se acariciaba con mano indiferente la barba, hermosa y flotante. Luego díjole:

— Vi á esos señores delegados uno tras otro... sin que ni unos ni otros supiesen nada...

— Bien lo sabemos! dijo la voz del emperador que parecía haberse libertado por fin de la pesadilla.

— No me ocultaron, al hacerme sus confidencias, prosiguió Brixen, que se hallaban persuadidos de que el emperador estaba muy bien dispuesto en favor de ellos y le sería grato escucharlos. Solamente, como al fin y al cabo resultaba que no los había escuchado, aseguraronme que no se irían de Viena antes de que se les oyera... ¿Era sin duda á eso que Ud. hacía alusión, caballero? preguntó el conde á Riva.

Este hizole señas que continuara.

— Parecen convencidos de que sólo el séquito del emperador opone una barrera entre Su Majestad y los delegados federales. Dijéronme que si no desaparecía

esa barrera, se verían obligados á tumbarla, pero todo ello de la manera más respetuosa del mundo y en forma tal, que Su Majestad sería el primero en darles las gracias por tan señalado servicio. No ignora Su Majestad que aquellos hombres, embriagados por las caricias populares y enviados aquí por sus respectivos pueblos como representantes de sus razas, no son, ni con mucho, profundos políticos. Tienen el espíritu sencillo y de difícil comprensión. Imaginan cándidamente que el emperador se halla prisionero en su propio palacio. Es esa una concepción grosera muy capaz de conducirlos hasta alguna resolución extrema... ¿Sin duda es esto lo mismo á que Ud. aludía, verdad, Señor de Riva?

Riva mordíase los labios. Por último preguntó :

— ¿Y dijéronle á Ud. cual sería la resolución extrema que podrían adoptar?

— Sin duda; dijéronme que si no les era posible ver al emperador por las buenas, lo verían por las malas. Mas podéis tranquilizaros que tal no ha sucedido todavía.

— ¿Y no os dijeron nada más?

— Nada más.

— Pues bien, Excelencia, mi deber es informaros, ya que tal es la voluntad del emperador. Y voy á deciros lo que aquellos señores no os dijeron. Están resueltos á penetrar de noche en el Burg, á invadir el aposento del emperador. Eso es lo que yo sé!

— Oh! no lo dudo, el señor director de la policía sabe mejor que nadie cómo se invade un aposento...

— Ignoro en qué condiciones invadieron el vuestro, replicó Riva secamente. Mas he aquí en qué forma deben penetrar mañana en la noche los delegados confederados al aposento del emperador, mientras duerma Su Majestad, ayudados por los amigos de Reinaldo y conducidos por Reginaldo...

— ¿Acaso ya no custodian el palacio? preguntó Tania.

— Existe el subterráneo que conoce muy bien el señor conde y que comunica al Burg con la iglesia de los Agustinos!

— Pues bien, caballero, dijo el conde, ya que tenéis conocimiento de semejante proyecto, espero que hayáis tomado todas las disposiciones necesarias para hacerlo abortar.

— Por el contrario, he tomado todas las disposiciones indispensables para que tenga éxito, replicó, Riva, sin atreverse á mirar de frente al emperador, como lo hacía momentos antes. Gracias á mí, la rebelión crece minuto por minuto en Viena... Pronto tocarán á rebato en San Esteban; los apacibles y honrados burgueses encerraránse bajo llave... El partido del desorden se ha enseñoreado de la calle y la onda popular golpea ya á las rejas del palacio... El día de mañana será tempestuoso y la noche lúgubre... Muéstranse los jefes de toda esa fermentación. Asisto, como si ya los estuviese presenciando, á esos acontecimientos históricos: yo creo la Historia. Los insurrectos se apoderarán en breve del subterráneo. Los delegados confederados, los conjurados de la bodega se hallan ya en el Burg... Hélos allí, en el estrecho pasadizo del subterráneo que desemboca en el centro mismo de la plaza. Allí están, los amigos de Reinaldo, los jefes de la conspiración que desde hace diez años trabajan por consumir la ruina del Santo Imperio!

Sólo los separa de los aposentos privados á donde han de lanzarse, una pesada puerta... que se abre... ya realizan su anhelo... Felizmente... felizmente que yo sé cómo empiezan esas cosas y mi ilustre soberano me permitirá enseñarles á esos locos cómo acaban...

La puerta se abre, pues... y *la artillería de la guardia cumple con su deber!*... Bastarán dos ó tres cañones cargados de metralla para enmudecer para siempre la elocuencia de un Reginaldo y el entusiasmo de sus amigos!... Porque cuando los cañones se hayan callado, prometo á Su Excelencia que no se volverá á oír la voz de nadie...

— Eso es incendiar el imperio desde los Alpes hasta los Cárpatos, replicó inmediatamente el conde de Brixen, quien miró á Riva con desprecio que le hizo palidecer. Eso es lo que se llama una buena operación policiaca : vais á destrozar á nuestros amigos, caballero!...

— ¿Nuestros amigos?... ¿Desde cuándo son amigos nuestros esos hombres? preguntó el emperador con voz apagada. ¿Y qué interés perseguís vos, conde de Brixen?

— El vuestro, Majestad! prosiguió el primer ministro, quien por fin dignó animarse. Y lo creo mejor que el del Señor de Riva! Y ya que el Señor de Riva se decidió á decirnos lo que intenta hacer, no dudo un instante en informaros de lo que he hecho. No había deseado hablaros de estos asuntos antes de algunas horas, mas advierto que si me demoro en hacerlo, muy pronto la policía del Señor de Riva habrá obrado en tal forma que no me quedará nada que comunicaros...

El emperador y Riva cambiaron una rápida mirada... que Brixen observó y así dijo :

— De hoy en adelante todos los delegados son nuestros. Podéis recibirlos, Majestad, que os aseguro no tenéis súbditos más fieles en todo el imperio. Con una sola palabra cariñosa regresarán tranquilamente á sus hogares.

— ¿Acaso los habéis comprado á todos? preguntó el emperador.

— No tal, pero se han traicionado! Fieles á su causa particular, cada uno de ellos ha traicionado la causa general. ¿Cómo ha podido creerse durante un segundo que semejante colaboración fuese duradera? ¿Acaso el Croacio no odia al Magiar? ¿Y los serbios y los bosnios y todos los esclavos y los húngaros? ¿Creéis por ventura que han olvidado los horrores de la última guerra que desgarró el imperio y que se han perdonado mutuamente los padres asesinados, los niños quemados vivos, las vírgenes violadas? ¿Cómo pueden entenderse los cheques con los dalmacios é ilirios? Pues bien, sí señores, yo he sabido resucitar todos los viejos odios ante los cuales no ha podido resistir su amor recién nacido. Le traicionaron, os digo, porque prometí á cada uno de ellos lo que ninguno ha de poseer. ¿No consiste en eso toda nuestra fuerza, en su desunión? Estando desunidos, dejan de existir. He aquí lo que he hecho, Majestad, en beneficio de vuestros pueblos y por la seguridad del trono.

— Todos traicionaron!... ¿Lo sabéis con certeza, conde, con absoluta certeza?

Esto fué dicho tras de Brixen, por una voz joven y ardiente : era Regina quien así hablaba. Los ojos lanzaban resplandores. Brixen no pudo soportar el fulgor de esa mirada y volvióse hacia el emperador.

Mas el espectáculo que aquel semblante le ofreció, lo aterrorizó. Francisco había tomado un aspecto horrible. Agrandados los ojos como si contemplara una visión terrífica, entreabierto la boca cual la de un agonizante, levantábase poco á poco del sillón como si se sintiera atraído por una fuerza sobrenatural.

Tendió los brazos, indicó con las manos algo lejano, allá en la oscuridad, tras de las personas presentes, que, temblorosas de ver temblar al emperador, siguie-

ron el ademán, mirando fijamente el rincón oscuro señalado por Francisco...

Mas nada vieron!... nada más que un mueble de ébano con incrustaciones de mármol blanco... hacia el cual avanzaba el emperador... con lentitud... y las manos extendidas...

... Al llegar al mueble, detúvose... palpó varias veces la tapa del negro escritorio... y como nada hallase... regresó á su puesto más lentamente todavía.

Frente á los demás pasábase las manos por la cara con ademán extraviado.

— Ah! tío, ¿qué os sucede? preguntó la melodiosa voz de Tania sollozante...

El nada respondió... Aceptó el doble apoyo que le brindaron las gemelas de Carintia para volver á su sillón. En un minuto había envejecido diez años.

Dejóse caer sobre el asiento y oyósele murmurar :

— Dios mío!...

Los ministros, aturcidos, guardaban silencio... Las dos princesas, inclinadas sobre él, preguntábanle si no deseaba algún calmante. Tania dijo en voz baja á Brixen :

— Desde que murió la princesa María Luisa el emperador tiene momentos como este que me dan mucho susto...

Sin levantar la cabeza, Su Majestad dijo con voz dulce, fatigada, distante :

— ¿Por qué no me había informado Ud. antes de un resultado tan feliz, conde?

Brixen respondió :

— Hasta esta mañana vinimos á concluir de entendernos y esperaba tener una entrevista con Reginaldo, que á todos los amedrenta, para hablar de ello á Su Majestad... pero Reginaldo es invisible.

— ¿De manera que es muy importante ese Reginaldo?

— Según parece es el portavoz de todo el clan de los gitanos del Danubiò, que es muy agitador.

— ¿Y Ud. concluye por creer que debo recibir á esos caballeros?

Brixen hizo una inclinación afirmativa.

El emperador tomó un papel de sobre la mesa y tendiólo á Riva...

— Señor ministro de policía, ¿queréis dignaros leer al conde el último informe que me habéis enviado?

El ministro tomó el informe de manos de Su Majestad y leyó :

« Esta mañana á las dos, á la salida de la Bodega Paumgartner y en la extremidad de la Perspektivstrasse separáronse los últimos conjurados. Seguimos á dos de ellos que según informes fidedignos tenían esa misma noche una cita misteriosa de la cual habían hablado á medias palabras con los delegados. Tomaron por la Haupt allée á aquella hora completamente desierta y después de muchas vueltas y revueltas llegaron al Donau Kanal y continuaron por su orilla. Caminaron hasta el puente del Emperador José sin advertir que se les seguía la pista pues la noche estaba completamente oscura. Allí detuviéronse cerca del arco y esperaron. Estuvieron aguardando lo menos durante media hora y ya empezaban á mostrar señales de impaciencia cuando apareció una sombra envuelta en una larga capa que le ocultaba el semblante y descendió la escalerilla que conduce al canal. Aquella sombra llegóse á ellos, mas permaneció á unos dos pasos de distancia y preguntó :

« — ¿Qué hora es?

« Los dos sujetos respondieron simultáneamente :

« — Las dos y cuarto (Es de observar que ya eran más de las cuatro de la mañana).

« Después de lo cual juntáronse los tres sujetos pronunciando á un tiempo mismo estas extrañas palabras: *« A las dos y cuarto y del tiempo al son, que Jesús se encuentre en tu corazón! »*

« Hécho lo cual y después de un breve silencio, dijeron los dos conjurados :

« — Estamos listos!

« — Es demasiado pronto, respondió la sombra.

« — No podemos esperar más porque ya hemos esperado demasiado, replicaron los dos sujetos. Es preciso obrar.

« — Pues bien, replicó la sombra, acercándose á ellos y bajando más aún la voz — que á pesar de ello escuchóse claramente gracias á la sonoridad del aire bajo ese arco — ... pues bien, en todo caso no obréis antes de cuarenta y ocho horas y no penetréis al Burg antes de dos noches, *pues he venido á deciros que en la noche próxima ha de ocurrir un acontecimiento que cambiará de tal modo el aspecto de las cosas que el emperador se volverá más dócil que un niño. »*

« — ¿Cuál acontecimiento? preguntaron los conjurados.

« — No puedo deciroslo, contestáronles, pero es un acontecimiento tal, *que la muerte de la princesa María Luisa no es nada en comparación!*

« No se cambió una sola palabra más entre aquellos tres personajes; abandoné á los conjurados y fuíme tras de la sombra que después de haber tomado mil precauciones resolvió penetrar en el barrio del Burg. Allí volvió á mirar hacia atrás y no vió alma viviente. Pensaba yo en lo que podría venir á hacer junto á las murallas del palacio y en que probablemente me toca-

ría asistir á una nueva cita misteriosa cuando de pronto desapareció ante mi vista como por encanto. Corrí, mas no vi nada y no me fué posible darme cuenta de la manera cómo se desvaneció la sombra. »

Riva había terminado la lectura. Brixen estaba casi tan pálido como el emperador. El ministro de policía dijo con tono frío esta sola palabra :

— Asesinos!

Y la voz de Regina fulminó :

— Sí! Asesinos! Asesinos! Traidores al imperio! Traidores á su patria! Traidores á su causa! Traidores y asesinos! Preciso es que sucumban! Señor de Riva, mañana los ametrallaremos juntos en el subterráneo!

No conservaba la joven princesa ninguna de las gracias de niña que le conocían Riva y Brixen. Estupefactos vieron erguirse ante ellos á una virgen guerrera que sólo sangre pedía.

Tania lloraba.

Levantóse el emperador con extremada lentitud y dijo :

— Caballeros, en hora oportuna os haremos saber nuestra resolución.

Inclináronse Riva y Brixen y salieron enseguida : este último con aspecto muy abatido en tanto que el primero levantaba la frente con aire triunfal. Abrazó el emperador á las gemelas y suplicóles lo dejasen sólo. Luego tocó un timbre. Abrióse una pequeña puerta secreta situada al lado del pequeño escritorio de ébano y apareció Ismail.

— Que pase adelante! dijo el emperador.

Segundos después abrióse de nuevo la puerta secreta y penetró humildemente en el despacho del emperador un eclesiástico vestido con el hábito de los Jesuitas.

Tan pronto como cerraron la puerta, precipitóse el

emperador con ademán extraviado hacia el Jesuita que dió un paso hacia atrás, aterrorizado.

— Franz Holtzchener! exclamó Francisco... *He visto la cabeza de muerto!*

III

LA CABEZA DE MUERTO

— ¿Dónde? preguntó el Jesuita.

— Allí!

Y el emperador indicaba la tapa del mueble de ébano.

— Allí no hay nada. Sin duda Su Majestad ha sido víctima de una alucinación.

— Una alucinación! Franz Holtzchener! La princesa de Praga y la condesa de Bregentez tenían la mente lúcida cuando fueron víctimas de la misma alucinación: y dos horas más tarde se habían vuelto locas!... ¿Sabes tú, Franz Holtzchener, cuáles fueron las últimas palabras del archiduque Pablo antes de claustrarse donde los franciscanos?: « Preciso es que os diga adiós, padre mío, porque vi la cabeza de muerto!... » La noche anterior al asesinato de Juan II de Estiria despertóse éste al oír un campanilleo de reloj y vió encaramada en el armario una horrible cabeza de muerto que le hacía muecas á la luz de la luna! En fin, la víspera del día en que murió envenenada mi pobre María Luisa, yo mismo fui despertado por un campa-